

tre amigo?—No dice *nuestro*, sino *vuestro* amigo, replicó La Vigere.—¿Pero no es esta una *n*?—No, es una *v* indudablemente.

Nada pudo sacarse de estos dos hombres; Pennautier tenía centinelas de vista. En todos los interrogatorios contestó con aplomo que había conocido en otros tiempos á Mad. de Brinvilliers, pero que no había tenido nunca intimidad con ella; que había pedido dinero prestado á su marido y que se lo había vuelto; que él se había negado á prestárselo en su nombre, pero que se lo había prestado bajo el nombre de Paul. Por lo demás, las únicas relaciones que había tenido con Mad. de Brinvilliers hacia doce años, se reducían á aquella visita de etiqueta que la había hecho en Picpus, en donde ni siquiera la había visto.

Se le pusieron de manifiesto las dos cartas de 29 de abril y de 3 de mayo y se le hizo observar que esto hacía sospechar otras relaciones entre él y la marquesa que las que él tenía á bien confesar. A esto contestó que sin duda la marquesa trataba de agarrarse á todo lo que pudiera hacerla concebir esperanzas de crearse algun apoyo.

Por este lado parecía que Pennautier tenía conciencia de su fuerza; pero la carta de La Vigere probaba que el recaudador no estaba tan tranquilo, con respecto á sus relaciones con alguno de los fugitivos. Se le apremió mucho, por mas que diga M. Michelet, que llega hasta asegurar que el alguacil Masson desplegó un celo intempestivo y tuvo una energía que nadie reclamaba de él. M. Michelet no ha hecho alto en lo significativa que era la presencia de Desgrais en aquella prision. Si los magistrados hubiesen querido salvar á Pennautier, si no le hubiesen hecho prender sino *por su propio interés*, hubiera habido mucha torpeza en cogerle por sorpresa para que saliese á la luz su terror. Basta con leer los interrogatorios de Pennautier para persuadirse de que el parlamento tomó por lo serio aquel procedimiento.

La marquesa por su parte, careada con Barbier, negaba todas las palabras que se la atribuían con respecto á Pennautier. Habiéndola leído sus declaraciones, dijo (22 y 23 de junio) que jamás había podido pretender que M. de Pennautier tuviese mas miedo que ella; y que si había dicho que aquel negocio atañía á M. de Pennautier, era porque en el negocio de la arquilla se les había citado al mismo tiempo.

El 7 de julio fue el careo entre Pennautier y la marquesa: los dos estuvieron de acuerdo cara á cara como lo habían estado aisladamente. Sobre el punto delicado del préstamo hecho, bajo el nombre de Saint-Paul, declaró Pennautier que este préstamo lo había hecho á ruegos de Sainte-Croix y que aproximándose el vencimiento y teniendo que marchar al Languedoc, había encargado á M. Cusson que recibiera dicha cantidad.

Mad. de Brinvilliers sostuvo nuevamente que no había llegado jamás á su noticia que M. de Pennautier se ocultase bajo el nombre de Paul.

Por parte de la viuda de Brunet no se había en-

contrado nada que pudiera ser un cargo para Pennautier.

En un registro hecho el 17 de junio en la casa que este había ocupado últimamente, se habían descubierto cosas muy estrañas, aunque no para hacerle por ellas un cargo directo.

Los señores Palluau y Mandat supieron por la señorita Le Gallois, dueña de la casa de la calle de Vieux-Augustins, que un cuanto tiempo antes, en uno de los cuartos que estaban debajo de los desvanes é inmediatos á estos, los inquilinos se habían visto muy molestados por una especie de lluvia de gusanos gordos que caían del techo por ciertas rendijas. Algunas veces se recogían á puñados encima de la mesa del comedor y aquellos gusanos eran blancos y del tamaño de una oruga pequeña; esto duró cerca de tres semanas y en el desvan había aun algunos muebles pertenecientes á M. Pennautier que todavía no los había sacado de allí desde que se había mudado de habitación. Por fin se presentaron unos hombres á buscarlos y la señorita Le Gallois contaba, que por un agujero de la puerta del desvan, se había visto una cabeza de muerto en estado de putrefacción. Los hombres que habían ido á buscar los muebles, dijeron que lo que allí había, era simplemente un gato muerto.

Había entre los muebles unos instrumentos y unas *máquinas* que habían pertenecido á un hombre que había muerto por aquella época en Italia y que buscaba la piedra filosofal.

Un testigo, llamado Delafontaine, completó estas noticias, diciendo, que aquel hombre se llamaba Exili y que había sido compañero de cuarto de Sainte-Croix en la Bastilla. Cuando Sainte-Croix se vió libre, hizo diligencias para que á aquel hombre se le pusiera también en libertad y se lo llevó á vivir en su compañía.

Los dos consejeros se trasladaron al desvan, en donde encontraron las *máquinas* que había dejado allí el italiano y una calavera muy vieja que no conservaba mas que un diente en la mandíbula superior. Sin embargo, no hallaron ni en el suelo del desvan, ni en el techo del piso tercero, ningun agujero ni rendija que pudiera hacer creíble la supuesta lluvia de gusanos.

La señora de Sainte-Croix, oída el 28 de julio, no dijo nada nuevo con declarar que Pennautier y su marido habían sido amigos íntimos; Pennautier había ido tres veces á visitar á Sainte-Croix en su última enfermedad y las tres veces estuvieron los dos hablando largo rato en secreto, pero la viuda no podía decir de qué habían tratado.

Nada se fijaba contra Pennautier, y los Boulz podían hablar en su favor sin riesgo, diciendo por todas partes que era inaudito que se detuviese preso á un hombre de aquella importancia por semejantes pequeñeces.

Y entre estas no habían dejado de proferirse algunas palabras que dejaban entrever una trama bastante bien urdida contra la caja de Pennautier. Esta indicación se halla en una respuesta de Briancourt (13 de julio.)